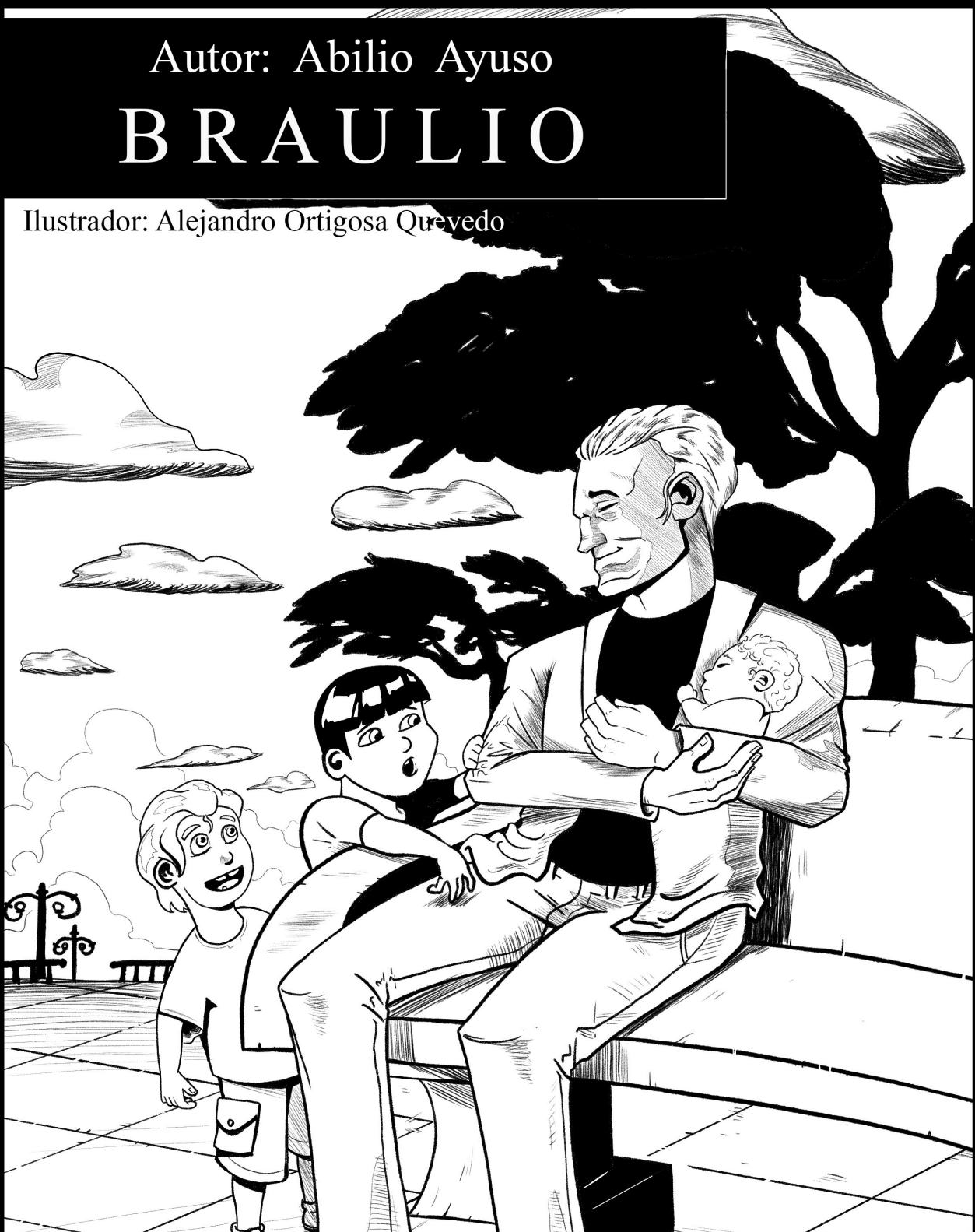


Autor: Abilio Ayuso

BRAULIO

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



Lo bueno, sea persona, animal o cosa, si no tiene a su alrededor quien sepa apreciarlo, sirve de bien poco, como lluvia de mayo que cae al mar.

+14

Braulio siempre fue catalogado como un buen chico, y realmente lo era, pero eso no siempre te abre todas las puertas y menos en las relaciones sociales.

Inteligente, pero no pícaro, algo tímido y reservado, su aspecto físico poco atlético y siempre ataviado con sus eternas gruesas gafas de pasta, cuadraba perfectamente con su carácter.

Tampoco le gustaba vestir a la última moda, sino de forma discreta, ni frecuentaba los típicos lugares de ocio nocturno.

Tal vez por todo ello, ayudado por un nombre algo pueblerino, resultaba prácticamente invisible para las chicas de su edad, tanto las compañeras de estudios, como posteriormente las del trabajo, afirmaban que era un chico estupendo y excelente persona, pero a la hora de tener una mínima relación sentimental con él, lo trataban como si fuera unapestado.

Si alguna de ellas había mostrado un mínimo interés hacia su persona, era el propio Braulio quien había dado marcha atrás, ya que, según se decía a sí mismo, “Por el hecho de que no consiga ligar no voy a perder el buen gusto liándome con una bola de sebo, una desequilibrada o ambas cosas”.

De tal forma dejó muy atrás los treinta años, y podía haber llegado virgen hasta la jubilación de no haber conocido a Mercedes.

¿Porque Mercedes se fijó en él?, probablemente por su pasado: El primer novio con quien convivió resultó ser un maltratador que le amargó la vida, incluso tuvo que cambiar de ciudad de residencia, trabajo y amistades mutuas para poder deshacerse completamente de su acoso.

En el segundo estuvo mucho más acertada, un muchacho guapo, romántico, comprensivo que la trató como a una princesa... Hasta que al cabo de tres años de convivencia la abandonó por otra más joven, guapa y de familia rica.

Es de suponer que, de no haber recibido esos dos batacazos, Mercedes hubiera pasado olímpicamente de Braulio, pero ya más cerca de los cuarenta que de los treinta y deseosa de formar una familia, lo vio como el último tren nocturno que, o lo tomas o te quedas plantada en la estación, y lo tomó sin pensárselo.

Tal como dicen, no hay perro más cariñoso que aquel que ha sido abandonado y ha vagado perdido, lo cual se cumplía en ambos de la recién formada pareja, para colmo de felicidad ella se quedó embarazada al cabo de pocos meses, siendo tan positivos el embarazo y el propio parto de un magnífico varón, que se animaron a repetir hasta por tercera vez, tal vez por buscar la niña que no quiso llegar.

Al tener tres criaturas casi seguidas acordaron que Mercedes dejaría de trabajar para ocuparse en exclusiva de la casa y los niños, lo cual la llenó de felicidad porque era lo

que siempre había deseado, por otro lado, el cargo de Braulio en una importante empresa daba de sí para que los cinco vivieran confortablemente.

Fueron unos años dorados, Braulio siempre sobreponía los intereses de su esposa e hijos a los suyos propios, con lo cual se hinchó a realizar excursiones, acudir a playas de aguas mansas cargado con sombrillas y nevera, patearse todos los parques de atracciones del entorno y darse un atracón de películas de dibujos animados. Personalmente él hubiera preferido otra clase de diversión, pero era feliz viendo disfrutar a sus hijos.

Su mujer era más pragmática: ¿Playa?, voy con vosotros. ¿Pista de patinaje?, ya los llevarás tú solo.

Pero no hay felicidad que cien años dure y la primera en cambiar de actitud y carácter fue Mercedes, principalmente cuando llegó a la menopausia. La primera excusa que utilizó para suprimir las relaciones sexuales fueron las últimas menstruaciones casi continuas y muy abundantes, cuando por fin cesaron, comenzó a mostrar una desgana y desdén tan grande en copular con su marido que a este le hubiera dado la impresión de estar haciendo el amor con un cadáver de no ser por los mohines de disgusto con que ella le obsequiaba.

Braulio nunca se lo recriminó y poco a poco dejó de tener relaciones sexuales con ella, en principio por dignidad, y en segundo lugar porque cada vez le costaba más motivarse con una mujer que ponía tan poco interés.

Luego fue el hijo mayor que al pasar de los dieciocho años y tener pandilla de amigos y un ligue aquí y otro allá comenzó a parecerle poca cosa ir a bucear o jugar a los bolos con su padre. Los otros dos no quisieron ser menos y pronto copiaron la actitud del mayor.

Otro tema que incomodó a nuestro amigo fue que la quiebra de la compañía donde trabajaba le abocó a una jubilación anticipada ya que nadie contrataba a ningún candidato que hubiera cumplido los sesenta años, aquello representaba menores ingresos y un nivel de vida limitado, más bien para su familia, porque él era ya de por sí bastante austero en cuanto a sus propios gastos y caprichos.

No quiso conformarse y aprovechando la indemnización y sus contactos montó una microempresa de importación y exportación que le permitió complementar sus ingresos por prejubilación y seguir realizando una actividad que le motivaba.

Paralelamente, sus relaciones familiares iban a peor, su esposa en principio le pidió dormir en camas separadas, para un mejor descanso, higiene y otras mil excusas, pero cuando el hijo mayor se marchó a vivir con su novia le dijo que ocuparía su habitación porque con la edad tenía el sueño más ligero y los supuestos ronquidos de Braulio no le permitían dormir debidamente.

A Braulio por un lado le supo mal, pero por otro, siendo práctico pensó que así podría leer en la cama con la luz encendida, escuchar música o incluso ver una película, y como total, ya nunca hacían el amor, ¿Que más daba?.

Desde que el hijo mayor se independizó ya sólo se acordaba de su padre cuando precisaba algún favor, generalmente dinero, finalmente hasta en Navidad o el cumpleaños del padre parecía venir tan forzosamente que en unas navidades en que comenzó a hilvanar alguna excusa Braulio le sorprendió diciéndole: “Por supuesto hijo, lo comprendo perfectamente, yo también he sido joven, ni te preocupes, hala, felices fiestas y ya nos veremos en otra ocasión, que hay más días que longaniza”.

El hijo segundo tardó apenas unos meses en seguir los pasos del su hermano mayor, mientras que el tercero, desde que marchó a estudiar al extranjero sólo telefoneaba para pedir dinero.

A Braulio le entristecía la actitud de una familia por la que había dado todo, quitándose el pan de la boca para que no les faltara de nada. A esas alturas, con esposa y tres hijos se sentía sólo, y no hay mayor soledad que la que se siente estando mal acompañado.

De la tristeza pasó a la amargura y de la amargura al rencor, por un lado, no se merecía en absoluto el trato que le estaban dando, pero a aquellas alturas era absurdo protestar contra una actitud que él había ido consintiendo poco a poco.

Fue el momento en que se anunció una crisis mundial cuando tomó una determinación, no podía cambiar los hechos, entre otras cosas porque a su edad ya no era tiempo para divorciarse de su mujer, además si lo hacía seguro que perdería la casa que tantos esfuerzos le había costado y encima tendría que pagarle una pensión por tanto, procuraría que las circunstancias no le amargaran la vida.

Aquella crisis hizo que muchas empresas importantes quebraran, mientras que otras microscópicas como la suya, con una estructura pequeña y ágil, tuvieran una mayor porción de pastel para repartirse, sin embargo, en diferentes momentos explicó a su familia todo lo contrario: A su mujer le dijo que la crisis les había prácticamente arruinado y que tendría que trabajar el triple para evitar que incluso les embargaran la casa, lo cual la dejó absolutamente aterrorizada y aceptó sin rechistar el hecho de prescindir de señora de limpieza y reducir notablemente los gastos superfluos como peluquería, estética, vestuario, Etc.

A los dos hijos mayores... Lo mismo de lo mismo en el momento en que le pidieron dinero, y al pequeño una escueta conversación explicándole que si quería seguir estudiando en aquella universidad extranjera debería, no sólo reducir sus gastos notablemente, sino procurar encontrar un trabajo complementario y aprobar todos los cursos. Por supuesto ninguno de los cuatro se ofreció para ayudarle en lo que hiciera falta, se limitaron a lamentarse de la situación y desear que aquella circunstancia fuera pasajera, lo cual atenuó casi al completo los remordimientos que Braulio hubiera podido tener respecto a la decisión tomada.

A partir de aquel momento Braulio pudo ahorrar una respetable cantidad de dinero parte de la cual comenzó a invertir en sí mismo. El primer paso fue acondicionar su oficina, una partición en el garaje donde sobraba espacio le permitió trasladar el almacén que tenía justo detrás de su despacho y convertirlo en una espléndida sala de estar con un inmenso sofá en el que se podría dormir cómodamente, un enorme televisor en la pared, aire acondicionado, mueble bar, y un escritorio con nevera, alacena, fregadero y microondas. Así mismo reconvirtió el aséptico pero espacioso lavabo instalando una gran bañera, lavamanos con espejo y encimera y un armario donde guardar toallas y ropa.

No había peligro de que en su familia notara el cambio porque jamás se había dignado acercarse al despacho ninguno de ellos.

Braulio invirtió el tiempo sobrante en disfrutar de la vida dentro de sus posibilidades, buenos restaurantes, cine, teatro, masajistas y algún viaje corto aduciendo una reunión de negocios en una ciudad distante. Al llegar a casa su mujer le preguntaba si quería cenar alguna cosa, normalmente él contestaba que había comido un bocadillo en el despacho y ella se quedaba tan contenta de no tener la molestia de cocinar ni compartir cena y de aquella manera seguir viendo su serie televisiva favorita.

La única persona que estaba al corriente de casi todos sus chanchullos era Lina, su secretaria, una mujer de mediana edad que se las sabía todas, pero buena gente y de fiar, ella conocía perfectamente todas las andanzas de su jefe y si en alguna rara ocasión su esposa telefoneaba preguntando por él, siempre para pedir algo, sabía montar la trama adecuada: “Huy, Braulio seguro que tendrá el móvil desconectado, está en una reunión muy importante por un problema muy grande que hemos tenido con una partida”. Para seguidamente pasarle a su jefe nota del rollo que había soltado.

Fue una tarde de invierno aburrida, con poco trabajo, en la que un tiempo ventoso y lluvioso no invitaba en absoluto a salir del despacho y por el contrario favorecía la conversación y las confidencias. En esta ocasión fue Lina la que comentó: “¿Te das cuenta de que parece que haya un Dios macabro jugando con nosotros?”.

“¿A qué te refieres?”.

“Es como si nos repartieran todas las fichas para completar el puzle de la felicidad pero se guardaran una o dos en el bolsillo, por ejemplo tú, para tu edad tienes un porte y una salud excelente, te ganas bien la vida, pero tu familia no te acompaña, tienes que buscar por ahí, a hurtadillas la alegría de vivir que no te dan”.

“Acertado, ¿Y a ti qué piezas tienes y cuáles te faltan?”.

“Tengo un trabajo que me gusta, un compañero-jefe encantador, mi sueldo es un cuarenta por ciento mayor que lo que se paga en nuestro sector y afortunadamente el gilipollas que me dejó preñada se dio a la fuga y en seis años no he vuelto a saber nada de él”.

“Hasta aquí todo bien, ¿Cuál es la pieza escamoteada?”.

“Mi hijo, la educación especial que necesita y alguno de los tratamientos no los paga la Seguridad Social, llego hasta donde puedo, pero a costa de muchas mezquindades”.

“Me habías comentado algo, pero no pensaba que llegara hasta ese extremo”.

“Pues sí, ya hace días que estoy determinada a buscar ingresos extras y de eso precisamente quería hablarte”.

“Lo que esté en mi mano, pero tú sabes qué tal como va el negocio no son necesarias horas extras y no te veo haciendo de camionera, a partir de ahí... Que trabajaras en tu tiempo libre para otras empresas del sector no me haría demasiada gracia”.

“Tendrás que ampliar tu perspectiva, como he hecho yo: Imagina que coinciden dos amigos que hace tiempo que no se ven y descubren que uno tiene una empresa con un déficit de envases que tiene que adquirir por ahí, caros y malos, el otro tiene una fábrica de envases con un gran stock que no sabe dónde colocar, ¿Qué deben hacer?”.

“Este caso está muy claro, ahora tradúcemelo a términos reales”.

“Yo estaba pensando como única solución en crear anuncios para prostituirme en mi tiempo libre, en este aspecto no tengo limitaciones morales, hago un servicio que alguien necesita y cobro, pero me da asco pensar con qué clase de gentuza tendré que compartir mi cama, sin embargo sé perfectamente que tú pagas por ese tipo de servicios con mujeres que seguramente te sonreirán y te dirán cosas bonitas, pero no te tienen el más mínimo aprecio ni cariño y sólo estarán deseando que acabes y te largues de una puta vez”.

“Joder, me has dejado de piedra, más directa que un tiro”.

“Piénsalo, nosotros tenemos una gran amistad, y también un cierto cariño y complicidad. Tú no eres el Adonis que me vuelva loca, pero me caes muy bien y sé que si hiciéramos el amor me tratarías con toda ternura y no sentiría ningún asco. Por otro lado, estoy segura de que entre tus amantes de pago las habrá más guapas que yo, pero ninguna que sienta por ti un aprecio sincero como el mío”.

“He de confesarte que después de mi relación con alguna de ellas me siento algo deprimido, pero al cabo de unos días las hormonas comienzan a jugar de nuevo su papel y acabo pensando: ¡Qué demonios!, déjate de tonterías y desahógate”.

“En este caso es una relación en que todos salimos ganando”.

“Menos las putas”.

“Las putas que se jodan, ¿Cuándo pensabas ir con una de ellas?”.

“Hoy mismo”.

“Mira qué bien, tenemos una bañera grande y un enorme sofá, pienso que ya es hora de cerrar el despacho”.

Hacía tiempo que Braulio no tenía una relación tan bonita, sin falsos piropos ni actitudes exageradas, aunque su secretaria rondaba ya los cuarenta conservaba gran parte de su belleza que ganaba peso con su naturalidad y falta de artificio, tanto en su físico como en su comportamiento.

Al acabar encargaron una buena cena durante la cual Braulio se vio en la obligación de sacar a relucir el tema económico: “He de confesarte que esta relación ha sido más preciosa aún de lo que me imaginaba y no la voy a ensuciar pagándote como a una fulana, simplemente hemos pasado a una fase de amigos íntimos en la que yo tengo tu amor y tú tienes la confianza para tomar del negocio lo que necesites para el cuidado de tu hijo sin darme explicaciones, eso sí con la inteligencia y discreción que siempre te ha caracterizado”.

“¿Tienes pensada alguna fórmula concreta?”.

“Diversificar: El psicólogo de tu hijo no te cobrará a ti, sino que nos hará una factura de vez en cuando por servicios de estudio psicológico de factores de mercado, le pagaremos legalmente mediante transferencia, venderás ese cochecito tuyo y la empresa adquirirá uno en renting, con un pequeño logotipo en el lateral que en realidad será de tu uso exclusivo, pedirás al banco una tarjeta de gasolina y otra de autopistas y parkings, cualquier gasto o compra que puedas facturar a la empresa lo harás, y por último... tienes la llave de la caja fuerte y los códigos bancarios, que no le falte nada al niño”.

“Estate tranquilo, no soy una saqueadora”.

“Lo sé, y cambiando de tema: Por mi mujer no habrá problema, porque se preocupa menos de mí que de las avutardas del Caribe, pero en cuanto a ti... ¿No aparecerá por ahí algún novio celoso?”.

“Ja, ja, novios, que risa, mi niño es un verdadero espanta-novios, en cuanto saben que tengo un hijo con necesidades especiales huyen a todo trapo, o pretenden echarme un polvo y salir corriendo, para eso estoy mejor sola”.

A partir de entonces, Braulio y su secretaria comenzaron a realizar viajes, supuestamente de negocios, lo cual alegró a su esposa que de aquella forma podía utilizar la casa como cuartel general de su asociación supuestamente feminista y vegana, con lo cual el pobre hombre tenía prácticamente la obligación de agendar y avisar de antemano las veces que iba a vivir a su propia casa, ya que si no podía encontrarse allí el circo de los horrores.

Fueron unos años muy felices para Braulio a pesar de que tuvo que endurecer su corazón para asumir el desapego de sus hijos que, desde cesó el flujo monetario ya no quisieron saber nada de un padre que había dado por ellos los mejores años de su vida, aunque a veces Dios cierra una puerta, pero abre una ventana y hay que escapar por ella, justo lo que estaba haciendo.

Pero no hay felicidad que cien años dure, la de Braulio se marchitó cuando al hacerse una revisión por unas molestias, los especialistas le dieron un año de duración, máximo dos, eso hizo que se replanteara su vida.

Aquella tarde habló muy seriamente con su secretaria: “He reflexionado sobre lo que debo hacer en este año y medio que con suerte me queda, ya que nadie llorará mi muerte, tampoco quiero que nadie se alegre”.

“Yo sí que lloraré, so burro”.

“Pues serás la única y la única que se merece mi preocupación, voy a tomar medidas: Como la casa es únicamente de mi propiedad, la voy a hipotecar, a pesar de mi edad lo conseguiré porque tengo muy buenas relaciones bancarias, con ese dinero haremos los entramados necesarios para que tú tengas lo que siempre has querido, una vivienda con jardín situada en una buena zona, una de las fórmulas para traspasar dinero será que dentro de unos meses te haré un despido improcedente con una indemnización muy importante que como sabes no cotiza a efectos de renta”.

“Casi prefiero guardar el dinero en lugar de comprar la casa, porque las cosas hay que mantenerlas y sin trabajo no será tan fácil”.

“No seas tonta, sabes tanto de este negocio como yo, y estás muy capacitada para llevarlo tú sola, te irás involucrando cada vez más en la toma de decisiones y haremos que la gente se acostumbre a tratar contigo, poco antes de que yo tenga que ingresar en el hospital definitivamente me comprarás las acciones de la sociedad y seguro que te sales adelante sin ningún problema”.

“Uff, para mí todo esto es como un mal sueño, por otro lado, temo que al llegar el momento tu mujer salga de su letargo y comience a reclamar esto y aquello”.

“No creas, recuerda que como tenía una mínima parte de las acciones de la empresa, le hemos estado pagando una cuota de autónomos muy elevada, aunque nunca ha realizado el menor servicio, dentro de tres meses comenzará a cobrar una buena jubilación, con eso tiene más que suficiente, que se busque un pisito de alquiler y viva como quiera”.

“Entiendo, a tu familia sólo les quedará de herencia una casa hipotecada y el dinero que tengas en el banco”.

“Que ya me apañaré para que sea poquísimo y en cuanto a mis cenizas... Dejaré anotado en mi testamento el encargo de que las lleves a un monte para esparcirlas al viento, pero en realidad harás con ellas lo que te dé la gana”.

Aprovecharon el tiempo que a Braulio le quedaba lo mejor posible, los planes salieron tal como estaba previsto, al cabo de año y medio tuvo que hospitalizarse, sólo duró tres meses más antes de fallecer.

Durante aquellos tres meses ninguno de sus hijos se dignó visitarle, quien sí lo hizo un par de veces fue su mujer alegando que no iba más porque la asociación feminista vegana la mantenía muy ocupada.

Quien durante todos los días de la hospitalización encontró siempre un momento para acompañarle fue Lina, los últimos días cerró la empresa por vacaciones y apenas se separó de él.

No hubo funeral, tal como él había solicitado. A la cremación, por parte de su familia solo asistió la esposa por puro compromiso y el qué dirán, y le pareció fantástico que fuera Lina la encargada de aventar las cenizas en una montaña, aunque la realidad es que las plantó bajo un árbol en el jardín de su nueva casa.

A donde sí acudieron todos, menos Lina, fue a la lectura del testamento, para sorprenderse ante la noticia de que el negocio no existía, apenas había dinero en los bancos y la casa estaba hipotecada, por tanto la frase que alguno de los hijos había pronunciado: “Por fin ya se ha muerto el viejo, a ver que pillamos”, le salió bastante rana.

Lina tomó las riendas del negocio con mano firme, descubriendo que su hijo, ahora adolescente, a pesar de su invalidez y de su autismo parcial, era un genio de la informática y al saber que su madre se tendría que enfrentar sola a la tarea de ganar dinero para ambos se le quitaron bastantes tonterías y se puso a colaborar con ella en cuerpo y alma con unos resultados extraordinarios, no le hizo falta contratar a nadie más.

Hay dos fechas en las que Lina, después de cenar, prepara dos copas de cava, sale al jardín, se bebe una y con la otra riega lentamente las raíces del árbol donde están las cenizas de Braulio: El día de su cumpleaños y el de su fallecimiento.

En este caso se cumple la frase de una campesina de filosofía rústica que dijo en su día: “La sangre... Para las morcillas, tu verdadera familia es quien te quiere bien”.

FIN...